

Leonardo Sciascia TODOS SOMOS ASESINOS

TODOS sus libros están contruidos como investigaciones policíacas que no concluyen jamás... Leyéndole a usted, uno tiene la impresión de que la historia nunca consigue echar mano a los "verdaderos culpables"...

LEONARDO SCIASCIA.—Es una manera de decir que cada uno de nosotros tiene que responder a la postre de los crímenes que se cometen diariamente ante nuestra vista. Claro que yo añadiría, para parafrasear a George Orwell, que si bien todos somos asesinos, algunos lo son más que otros. Pero eso en nada cambia el fondo del asunto: vivimos una época de criminalidad difusa y anónima.

—No es, pues, a usted a quien se puede preguntar quién es el auténtico asesino de Moro.

L. S.—En absoluto, yo le puedo decir quiénes son los asesinos de Moro: las Brigadas Rojas, quienes se esconden tras las Brigadas Rojas, el Partido Comunista, la Democracia Cristiana, yo mismo...

—¿Usted mismo?

L. S.—Sí. Al morir, Moro —a pesar de todas sus responsabilidades históricas— se ha conquistado una inocencia que nos convierte a todos, yo mismo incluido, en culpables. Me conmovió tremendamente su testamento, que me recordó el de Pirandello... Pirandello era fascista, pero quiso ser enterrado completamente desnudo, por miedo a que le vistiesen con el uniforme fascista, como había la costumbre de hacer en aquel momento con los dignatarios del régimen. Al morir, Aldo Moro se despojó, por así decir, de su túnica democristiana. Su cadáver no pertenece, pues, a nadie, pero su muerte nos acusa a todos sin excepción.

—Cuando se encontró su cuerpo en el portaequipajes de un coche, a medio camino entre las sedes del PCI y de la DC, ¿en qué pensó usted?

L. S.—Como todo el mundo, pensé que era un rasgo de humor de lo más macabro. Colocar en un lugar equidistante del PC y de la DC el cadáver del hombre que había sido precisamente el artesano de su compromiso, es el mensaje profundo de las Brigadas Rojas. Esa trágica farsa debía dar que meditar a los dos máximos partidos italianos, sobre todo en un momento en que ambos se petrifican en sendas ideologías que han dejado de funcionar.

—Es decir, ¿que el cadáver de Moro es ya el cadáver del "compromiso histórico"?

L. S.—En un cierto sentido, sí, al menos en el orden de lo simbólico. Dicho esto, las cosas son más complejas. Vivo, Moro me hacía pensar siempre en el general Ku-

zov, ese general del Ejército ruso que aparece en la "Guerra y paz" de Tolstói...
"Efectivamente, Kutuzov se había negado siempre a librar una batalla franca y decisiva con las tropas de Napoleón. Prefirió entregar al Emperador enemigo espacios inmensos del territorio ruso. Llegó a "ofrecerle" una tercera parte del país, pero se trataba en realidad de una treta, una treta genial porque Napoleón se atascó en el país que creía conquistar. Pues bien, Moro estaba haciendo prácticamente lo mismo con el PCI. Fingía entregarle parcelas enteras de la sociedad civil y del Estado, mientras que de hecho maniataba a los comunistas.

HECTOR BIANCIOTTI Y JEAN-PAUL ENTHOVEN



Leonardo Sciascia, ante una estatua de su admirado Voltaire.

luzov, ese general del Ejército ruso que aparece en la "Guerra y paz" de Tolstói...

"Efectivamente, Kutuzov se había negado siempre a librar una batalla franca y decisiva con las tropas de Napoleón. Prefirió entregar al Emperador enemigo espacios inmensos del territorio ruso. Llegó a "ofrecerle" una tercera parte del país, pero se trataba en realidad de una treta, una treta genial porque Napoleón se atascó en el país que creía conquistar. Pues bien, Moro estaba haciendo prácticamente lo mismo con el PCI. Fingía entregarle parcelas enteras de la sociedad civil y del Estado, mientras que de hecho maniataba a los comunistas.

—Según usted, entonces, el "compromiso histórico" es a largo plazo una catástrofe para el PCI.

L. S.—Está claro. Si la Democracia Cristiana no empuja a los comunistas a la oposición, si el PCI se obstina en vivir en lo que el partido llama "el área gubernamental", la estrategia Moro-Kutuzov no tardará en dar sus frutos. Pero, ¿acaso podemos sorprendernos de ello? En este momento, todos los partidos comunistas europeos parecen dispuestos a suicidarse. Cada uno ha escogido su propio modo y manera —su vía nacional— de hacerlo. El eurocomunismo es eso. Berlinguer, Carrillo o Marchais han caído en la hábil trampa de los políticos burgueses. Para mí, su derrota histórica es un hecho. Que ocurrirá antes o después.

—Pero usted fue elegido en mil novecientos setenta y seis para el Consejo Municipal de Palermo, habiéndose presentado en una lista del PCI.

L. S.—Efectivamente. Aquello fue resultado de una larga historia... Tras la publicación de mi libro "Il Contesto", la vieja guardia del PC desencadenó en la prensa del partido una violenta polémica contra mi persona. Curiosamente, aquella polémica suscitó una corriente de simpatía entre los jóvenes comunistas. Que se acercaron a mí, asumieron mi defensa y lo hicieron con valentía y generosidad. Cuando el referéndum en torno al divorcio, decidí unirme a ellos, y, por consiguiente, al PCI. De ahí nació entre el partido y yo mismo una especie de familiaridad, de compañerismo, sobre todo porque aquello ocurrió en un momento en que uno podía creer que el PCI era ciertamente un partido comunista "distinto". Entonces, cuando me propusieron, que nunca fui comunista, que formase parte de su lista municipal en Palermo, acepté —no sin reticencias— porque me parecía justo, necesario, poner fin en aquella ciudad al poder dudoso de la DC, que duraba desde hace cerca de

treinta años. Sin embargo, mi experiencia en el Consejo Municipal de Palermo no duró más que unos meses. Dieciocho en total.

—¿Por qué dimitió usted?

L. S.—Sí. Tuvieron que pasar dieciocho meses para que por fin comprendiera que el PCI no estaba dispuesto en el seno de aquel Consejo Municipal a jugar el papel de oposición que le correspondía. Ya en la primera reunión declaró un comunista: "No queremos hacer el proceso al pasado". Y como tampoco quería hacer el proceso al presente, mi participación me pareció inútil y simplemente decorativa. El hecho es que no se podía simultáneamente dar la batalla en Palermo y continuar el compromiso en Roma...

—Pero, ¿qué podía esperar usted, un intelectual individualista y un tanto libertario, de aquel complot con la más poderosa máquina burocrática de Italia?

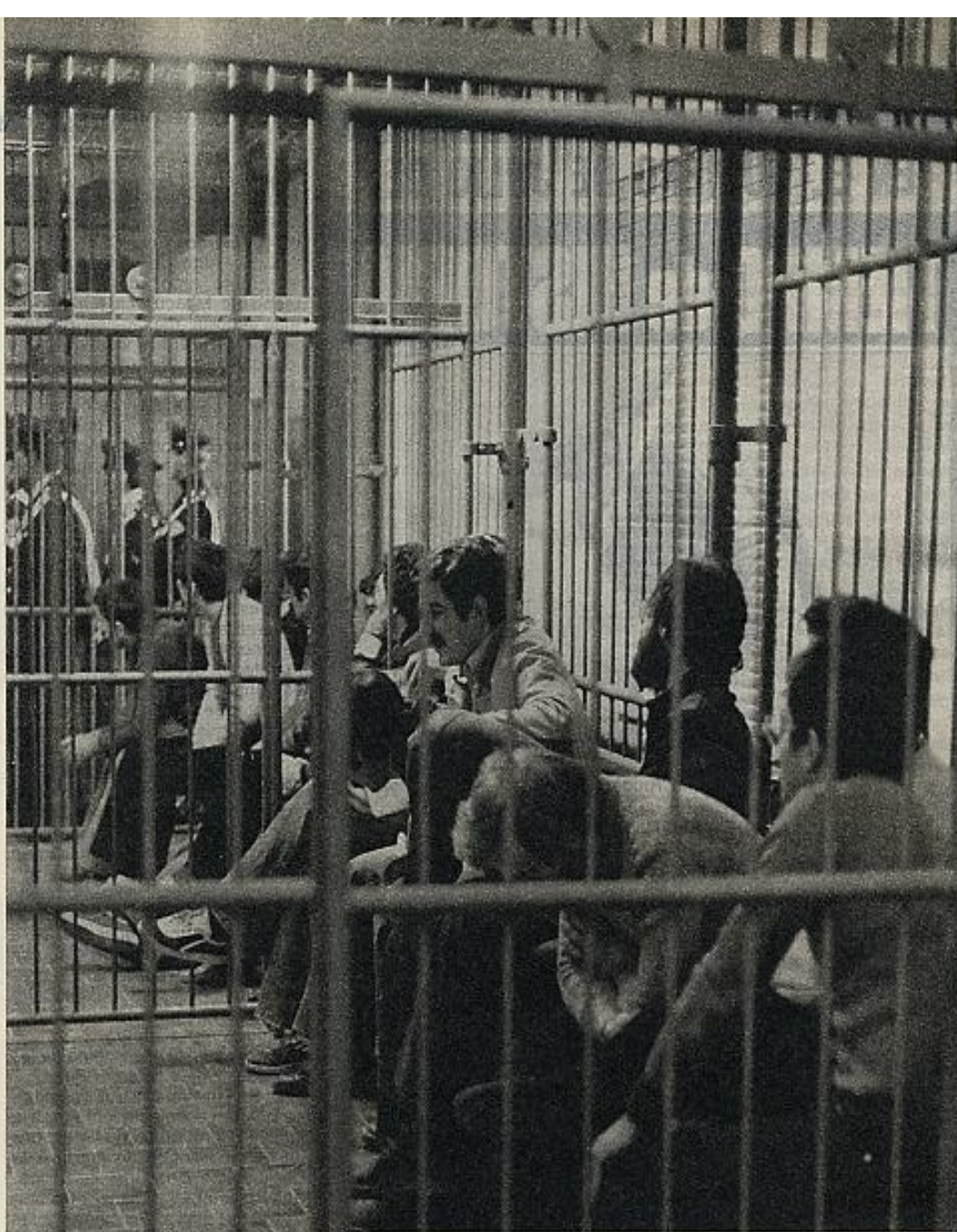
L. S.—Nada, y lo sabía. Pero, al mismo tiempo, la seducción que ha podido ejercer el PCI sobre un intelectual como yo encuentra su explicación en la "boutade" de uno de mis antiguos profesores, Vitaliano Brancati, según la cual, "en Sicilia, para ser nada más que liberal, es preciso al menos ser comunista"... Eso debe ser cierto en el resto de las regiones de Italia, porque aquí sólo los comunistas se han atrevido a proponer las reformas elementales que necesita el país. Por otro lado, en cualquier otro lugar de Europa, cuando los conservadores tienen el poder no se sientan aterrizados por la idea de reformar el Estado o la sociedad. En Italia es la falta de audacia y de imaginación de la Democracia Cristiana la que hace que brille por contraste el blasón ideológico del PC.

—Uno tiene la impresión de que el PCI no ha hecho más que hacerle la corte e injuriarle alternativamente. No hace mucho, Amendola llegó a tratarle públicamente de cobarde... Hace veinte años se le habría tratado de "hiena dactilógrafa" o de trotskista...

L. S.—Mis relaciones con el PCI han conocido, es cierto, altibajos. Antes de publicar "Il Contesto", yo era a ojos del PCI un "buen y valiente" escritor: Candidato en las listas comunistas, fui promovido a la categoría de "gran escritor". Tras dimitir, me vi convertido en "traidor"... No hay tara que no se me atribuya... Ciertamente es que esta retórica injuriosa ya sólo me induce a la reflexión. A veces llega a divertirme porque a la larga los rayos del PCI tienen una cierta virtud cómica.

—A pesar de eso, los intelectuales italianos siguen dejándose seducir por el partido...

L. S.—En privado, los intelectuales italianos hablan a veces con desprecio del partido. En público, es otra cosa... Lo que quiere decir que el favor de que goza el PCI entre la "intelligentsia" se debe más al miedo que inspira que al prestigio que irradia. Los intelectuales franceses conocieron ya esto en los años cincuenta. Sólo que ellos tenían una más larga experiencia cultural de la libertad. Los injertos stalinistas, sean



Los históricos de las Brigadas Rojas, en la cárcel turinesa.

cuales fueren sus facultades de adaptación, tendrán dificultad para aclimatarse de modo duradero en un terreno previamente desbrozado por Voltaire, Diderot y los hombres de las Luces. Los intelectuales franceses se han emancipado, pues, de la tutela comunista con mayor rapidez y desenvoltura que sus homólogos italianos... Lo cierto es que, a pesar de que una tenaz leyenda mantenga lo contrario, los franceses, que fueron los primeros en caer en la trampa stalinista, han sido también los primeros en salir de ella.

—Rossana Rossanda escribe, en el "Manifiesto", que, leyendo los comunicados de las Brigadas Rojas tenía más o menos la sensación de "hojear un álbum de familia"; ¿está usted de acuerdo?

L. S.—Totalmente. Digamos que los terroristas son como los bisnietos dentro de esa familia... Sus padres son los eurocomunistas de Berlinguer, sus abuelos son los comunistas vagamente desestalinizados de Togliatti, y sus bis-

abuelos, los stalinistas de la primera época del PCI.

—Lo que significa que usted no duda de la responsabilidad moral o ideológica del PCI en el desarrollo del terrorismo...

L. S.—Le responderé mediante una anécdota que me parece ejemplar. Una anécdota auténtica, no inventada. Un día explicaron a un viejo comunista italiano —que había vivido con fanatismo el período stalinista y cuya vida se había caracterizado por una fidelidad incondicional a la Unión Soviética...—, le explicaron que el partido había decidido cambiar de estrategia y distanciarse del mito soviético. El viejo militante respondió: "Bien, de acuerdo, si tal es la nueva línea del partido, sigámosla".

"Después le explicaron que el partido había vuelto a cambiar de estrategia y que en adelante, en nombre del "compromiso histórico", había que prepararse para gobernar con los demócrata-cristianos. "De acuerdo —contestó—. Diré en adelante que Stalin

era un malvado y que los demócrata-cristianos son buenos, pero lo diré solamente porque Stalin sigue siendo el padre de todos nosotros y la Democracia Cristiana sigue siendo nuestro odioso enemigo..."

"En mi opinión, esta anécdota ilustra perfectamente la ambigüedad de la política de los comunistas italianos. No dudo de la buena fe de Berlinguer y sus acólitos cuando hablan de "desestalinización", de "eurocomunismo" o de "compromiso histórico". Bueno, no dudo demasiado..., pero lo cierto es que la base del partido toma estas nuevas consignas como una simple estratagema táctica por parte de sus dirigentes. Esta base sabe que el destino del partido, tal y como lo conoce, es el stalinismo, y que no puede ser de otra forma. Las Brigadas Rojas lo saben igualmente. Por eso, a pesar de sus críticas del PCI, siguen estando en el fondo, moral e ideológicamente, próximas al partido.

—¿Qué piensa usted de la tesis

EN EL NUMERO DE JULIO DE
TIEMPO de HISTORIA



María Rulpérez

ARTOLA: LOS LATIFUNDIOS EN ESPAÑA

A lo largo de la entrevista que mantiene con el profesor Artola María Rulpérez, los temas que configuran la realidad política y social de España, tales como el problema de los grandes latifundios, aún existente en nuestro país; el desarrollo industrial, los partidos políticos, etcétera, son expuestos y analizados con el rigor y la claridad que son habituales en él.



Miguel Bayón

**UN FRAGMENTO DE LA HISTORIA DE ITALIA:
SECUESTRO-MUERTE DE ALDO MORO**

Con agilidad y precisión, Bayón, tras una introducción en que pone al descubierto los entresijos de la "auténtica" política democristiana de cara a la "apertura a la izquierda", que es la frágil base de la vida política italiana, traza una semblanza de Moro acompañada de una cronología de los hechos que culminaron con el asesinato del dirigente democristiano.

EN EL NUMERO DE JULIO DE
TIEMPO de HISTORIA

según la cual las Brigadas Rojas serían una "creación" del KGB destinada a acelerar el proceso de "gobierno" del PCI?

L. S.—Algo de verdad hay en eso, pero, ¿por qué buscar la mano de Moscú? La realidad es más sencilla, más lógica: durante tiempo, el Partido Comunista ha jugado un doble juego; por una parte, asumía su discurso revolucionario y su misión de oposición "desestabilizadora", y, por otro lado, reservándose el monopolio de la contestación social, había pasado a convertirse en un simple contrapoder, tan conservador como el propio poder y, finalmente, tan cómplice de un Estado que le halagaba al considerarlo como interlocutor único.

"Desde el momento en que la "liberalización" de los comunistas italianos ha pasado a ser la nueva estrategia del PCI, este partido sólo ha asumido su función de contrapoder cómplice y pronto al "compromiso". Ha abandonado, pues, su discurso revolucionario. Al haber cambiado con precipitación excesiva, ha dejado un hueco en el abanico ideológico. Donde se han colado rápidamente los terroristas, como quienes ocupan una casa vacía...

"Una auténtica "liberalización" habría exigido que el partido se diese el tiempo necesario para "desvitalizar" su antiguo discurso revolucionario, subrayar su anacronismo. Y eso no podía hacerlo el PCI porque no tenía ninguna legitimidad de recambio.

—¿Y si la próxima víctima de las Brigadas Rojas fuese el Papa?...

L. S.—Un Papa mártir constituiría un gran acontecimiento para la Iglesia. Pero dudo que después de haberles dado un mártir a la Democracia Cristiana, las Brigadas Rojas queran hacer otro tanto con la Iglesia. En cuanto a las reacciones del pueblo, del Estado, pienso que volvería a ocurrir lo que ocurrió con Moro. Nada más. Y tal vez incluso menos: después de todo, el martirio le sienta mejor a un Papa que a un político. "Os envío como cordero entre lobos..."

—Al final de la película de Francesco Rossi, "Cadáveres exquisitos", basada en uno de sus libros, un comunista dice: "Si hay que escoger entre la verdad y la revolución, escogeremos la revolución". Una frase chusca, ¿no?

L. S.—Es una frase auténtica... De hecho, siempre he querido preguntar al dirigente comunista que la pronunció si, aun empeñándose en no hacer la "revolución", seguiría cortejando a la mentira.

—¿Y los izquierdistas italianos, los que denuncian el reformismo del PCI sin decidirse empero por la violencia terrorista?

L. S.—Los izquierdistas italianos no son en el fondo más que católicos al viejo estilo, fanáticos, fúnebres, y no saben... Qué lástima que la Iglesia católica se haya dado tantas prisas por ponerse a la moda. Si se hubiese atrincherado tras su autoridad, si se hubiese

vuelto otra vez despiadada y cerrada en sí misma como en tiempos de Felipe II, de la Inquisición y la Contrarreforma, los izquierdistas se habrían incorporado a sus filas en auténticas manadas porque su más profundo deseo es prohibir, llevar la Inquisición a todos los rincones...

"Hoy, en Italia, los izquierdistas se esfuerzan en poner freno al proceso de descomposición del que ya sufrían desde antes del asunto Moro. Si lo consiguen finalmente, todo es posible. Puede incluso que se pusiesen otra vez de moda, sobre todo si el PCI se empeña en su política de "compromiso".

—Un día, usted comparó la Democracia Cristiana y el PCI a esos dos teólogos de los que habla Borges, dos teólogos que se odiaron toda su vida antes de descubrir, ya en el infierno, que habitaban la misma alma...

L. S.—Es cierto. Estoy seguro de que, un día, democristianos y comunistas italianos acabarían por comprender que habitan la misma alma: la Inquisición, el stalinismo... Tal vez la DC lo descubra antes que el PCI, y descubriendo que no hay bastante sitio para dos en una misma alma, se decida a expulsar al PCI. De todas formas, hoy la Democracia Cristiana domina totalmente el juego político. Y eso amenaza con durar.

—¿Es acaso su pesimismo auténticamente puro? Después de todo, el héroe de su último libro se llama Cándido... ¿No es extraño que un hombre como usted recurra a ese personaje volteriano que no hacía más que expedir a los hombres recetas de felicidad?

L. S.—No, verdaderamente, no es tan extraño como puede parecer. He querido a través de ese moderno Cándido inventar una receta de felicidad que consistiría en cultivar la propia cabeza en lugar del jardín; a flarse más de lo que nosotros mismos pensamos que de lo que otros han pensado en nuestro lugar; a no tratar de insuflar vida en las cosas muertas...

—Las cosas muertas, es decir...

L. S.—El marxismo, por ejemplo, ese gigantesco cadáver, esa carroña que infesta las mentes de las gentes que no se atreven a pensar por cuenta propia. Hace tiempo que todo el mundo sabe que el marxismo ha muerto, pero en Italia parece como si los muertos pudiesen seguir hablando.

"Usted me hablaba de Cándido. Pues bien, voy a hablarle a mi vez de Pangloss, sí, de Pangloss, ese miserable que en el osario venía a decir, en nombre de su filosofía de la Historia, que estábamos en el mejor de los mundos posibles... Hoy Pangloss sería marxista-leninista, aunque en la época de Voltaire fuese leibniziano. La felicidad, según Pangloss, es la felicidad tal y como se la imaginan los intelectuales. Una felicidad de ideas, una felicidad prometida, aunque esa promesa pase por el infierno. ■ © "Le Nouvel Observateur".